

Estudio Bíblico Dominical

Solemnidad de Pentecostés – 04 de Junio de 2006

INUNDADOS POR EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO:

Fuego y Viento impetuoso de Amor

Hechos 2,1-11

*“Eran odres nuevos a la espera del vino nuevo que llegó del cielo.
El gran racimo ya había sido pisado y glorificado”
(San Agustín)*



“Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo”

Ven, ¡oh Santo Espíritu!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y todo será creado.

R. Y se renovará la faz de la tierra.

Oremos

¡Oh Dios!, que instruiste los corazones de los fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos, según el mismo Espíritu, conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo, Señor nuestro,

R. Amén.

En esta maravillosa solemnidad de Pentecostés hagamos nuestra la “Llama de Amor Viva” de san Juan de la Cruz:

*¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
pues ya no eres esquivada,
acaba ya si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro.*

*¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!,
matando muerte en vida la has trocado.*

*¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba oscuro y ciego
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!*

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!*

Introducción

Hoy celebramos y revivimos el misterio de Pentecostés, la plenitud del misterio de la Pascua en la efusión del Espíritu Santo. Celebramos el fuego de amor que el Espíritu encendió en la Iglesia para que arda en el mundo entero: ¡fuego que no se apagará jamás!

Es el *Espíritu Santo* quien, con su fuerza unificadora, nos lleva a todos -en la multiplicidad de dones- a aceptar y confesar una misma fe en Jesús “Señor” nuestro.

Es el *Espíritu*, el que con toda su potencia actúa en nosotros ayudándonos a comprender y a poner en práctica las palabras de Jesús; sus actitudes, gestos y comportamientos se nos impregnan gracias al soplo del Espíritu.

Es el *Espíritu Santo* quien se hace presente en los oídos y en el corazón de todo oyente de la Palabra, para que sea posible la “Lectio Divina”, o sea, para que cada oyente se abra a la fuerza penetrante de la Palabra.

Es el *Espíritu* el que transforma el pan y el vino en el cuerpo entregado y en la sangre derramada de Jesús, prolongando en cada asamblea eucarística su Pentecostés.

Es el *Espíritu Santo* el que nos impulsa a anunciar el “Misterio de la fe”, de la muerte y resurrección del Señor, la semilla de la Palabra –kerigma- de la cual nace la Iglesia.

Es el *Espíritu* el que sopla sobre nuestra humanidad pecadora, para transformarnos y hacer de nosotros personas que aman y perdonan a sus hermanos.

Es el *Espíritu Santo* el que hace de la comunidad cristiana no una simple asociación de personas buenas y religiosas, sino el Cuerpo Místico de Cristo, el pueblo reunido en el amor de la Trinidad que canta en alabanza las maravillas de este amor de Dios en la historia.

Es el *Espíritu* el que nos impulsa en el seguimiento cotidiano de Jesús, infundiéndole a nuestra existencia una dimensión siempre nueva de alegría, paz, verdad, libertad y comunión. No es lo mismo vivir con Él que sin Él.

Es el *Espíritu Santo* quien es la fuente de la santidad de la Iglesia. Porque se ha derramado el Espíritu, la Iglesia es santa, e incluso podríamos decir que si hay santos es porque el Espíritu continúa obrando hoy como ayer.

Es el *Espíritu* el que con su presencia sigue y seguirá haciendo posible la realización del plan de salvación de Dios en la humanidad, hasta que ella llegue a su plenitud.

Es el *Espíritu Santo* el que hace fructuoso todos nuestros esfuerzos en nuestra peregrinación cristiana de cada día. El Espíritu Santo nos precede en todo lo que hacemos porque es en Él que Dios realiza toda su obra. Su venida le da la luz y el sabor de la presencia de Dios a todas las cosas.

¿Pero quién es este *Espíritu Santo* que obra tantas cosas en nuestra vida?

El *Espíritu Santo* es el amor personal del Padre y del Hijo, y amor quiere decir vida, alegría, felicidad.

El *Espíritu Santo* es Dios mismo vaciándose en el hombre y moviéndolo internamente para que se abra amorosamente –a la manera de Jesús- al hermano y se arroje confiadamente en los brazos del Abbá-Padre.

El mismo Dios que a lo largo de la historia les ha dado muchas cosas a los hombres, que les ha enviado personajes, incluso su propio Hijo, ahora se da a sí mismo de forma inaudita. Por eso decimos que es el don “escatológico” o “definitivo” de Dios (aquí escatológico quiere decir: “después de esto ya no hay más”, “más de eso no hay”).

Es así como el irresistible amor de Dios entra en lo más hondo de nuestras vidas. Su presencia causa muchos efectos, porque como nos enseña la Palabra de Dios, el *Espíritu Santo* viene para salvar, sanar, enseñar, exhortar, reforzar, consolar...

Por eso hoy clamamos con entusiasmo, con todas nuestras fuerzas: “*¡Ven, Espíritu Santo!*”.



El Pentecostés lucano

Sumerjámonos hoy en este misterio guiados por la Palabra, de manera que nos impregnemos de él.

Los invitamos en este año a leer con mayor atención el Pentecostés lucano narrado en Hechos de los Apóstoles 2,1-11 (primera lectura de la Solemnidad). La “Lectio” de este pasaje nos ayudará a recrear la atmósfera, el estado de ánimo de Pentecostés, porque es verdad que no puede haber un estado de ánimo mejor, una actitud más completa con la cual podamos vivir la vida que *¡la del Espíritu Santo!*

Salido de la artística pluma lucana, notamos que el relato de Pentecostés es un drama bellísimo, un drama en el sentido original del término, que es el de una participación, de un fuerte movimiento interno cargado de fuertes emociones que le da un gran giro al escenario. ¡Qué intensidad hay en cada palabra! Para captarlo, entremos en la atmósfera espiritual de los dos cuadros que lo componen:

- (1) Dentro del cenáculo: la efusión del Espíritu (2,1-4)
- (2) Fuera del cenáculo (2,5-11)

Leamos despacio el texto de Hechos de los Apóstoles 2,1-11:

¹*Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar.*

²*De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban.*

³*Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; ⁴quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.*

⁵*Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo.*

⁶*Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua.*

⁷*Estupefactos y admirados decían:*

‘¿Es que no son galileos todos estos que están hablando?’

⁸*Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?’*

⁹*Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, ¹⁰Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, ¹¹judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios.’*

Retomemos el texto frase por frase. Pero comencemos primero por la descripción del contexto:

1. La comunidad reunida en un día de fiesta (Hechos 2,1)

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar”

1.1. La fecha: “Al cumplirse el día de Pentecostés...” (2,1^a)

La palabra “**Pentecostés**” quiere decir “el día número 50” o “el quincuagésimo día”. Se trata del nombre de una fiesta judía conocida como “Fiesta de las Semanas”, más exactamente la de las “siete semanas” que prolongaban la celebración de la gran fiesta de la Pascua. Se sumaba así una semana de semanas (7x7), número perfecto que se celebraba al siguiente del día 49.

La fiesta de la cosecha de los cereales

En un principio se trataba de una fiesta campesina: después de recoger las primeras gavillas, los campesinos festejaban agradecidos el fruto de la siega, “**las primicias de los trabajos, de lo sembrado en el campo**” (Éxodo 23,16). De ahí que se acostumbrara ofrecerle a Dios dos panes con levadura cocinados con granos de la primera gavilla (ver Levítico 23,17).

Pero con el tiempo, la fiesta campesina se convirtió en fiesta religiosa en la que se celebraba el gran fruto de la Pascua: el don de la Alianza en el Sinaí. Por esa razón los israelitas ofrecían también en esta fecha “*sacrificios de comunión*” (Levítico 23,18-20).

La fiesta era tan grande que merecía el suspender todos los trabajos: “*No harás ningún trabajo servil*” (Números 28,26). Puesto que era una de las tres fiestas de peregrinación para los que vivían fuera de Jerusalén, sumado al hecho de que fuera día vacacional, se explica suficientemente el que hubiera tanta gente en la calle ese día en Jerusalén (ver Hechos 2,5-6).

De la fiesta campesina la fiesta de la Alianza del Sinaí

La antigua fiesta campesina se transformó después en una fiesta “histórica” que celebraba la Alianza del Sinaí. Después que Dios sacó a su pueblo de Egipto, y en medio del desierto, lo condujo hasta el Monte Sinaí para hacer con él la Alianza. Allí Dios se manifestó en medio de una tormenta, cargada de viento y fuego.

Según Éxodo 19, las doce tribus fueron reunidas al pie de la santa montaña para recibir los mandamientos. Algunas leyendas judías dicen que la voz de Dios se dividía en setenta voces, en setenta lenguas, para que todos los pueblos pudieran entender la Ley, pero sólo Israel aceptó la Ley del Sinaí.

En la fiesta de “Pentecostés”, Dios renovaba su Alianza con los judíos de nacimiento y con los convertidos y simpatizantes del judaísmo (“temerosos de Dios” y “prosélitos”), que venían en peregrinación a Jerusalén. En el relato que vamos a leer enseguida notamos que así como en el Sinaí había doce tribus, en Jerusalén había gente venida de doce países diferentes: desde peregrinos venidos de Roma –centro del Imperio- hasta venidos de la región del mediterráneo así como del desierto.

Un nuevo “Pentecostés”: la realización plena del don de la Alianza

Lucas encuadra el acontecimiento de la venida del Espíritu Santo en este ámbito histórico y religioso.

Un detalle importante es que Lucas no se limita a darnos un dato cronológico sino que en su narración le da el énfasis de un “cumplimiento”, por eso el texto griego se puede leer como: “*cuando se cumplió la cincuentena*” (2,1). Con esto muestra que se trata del cumplimiento de una promesa. En efecto, ya en Lucas 24,49 y en Hechos 1,4-5.8 el terreno había sido preparado con la palabra profética sobre la venida del Espíritu Santo. Por lo tanto el trasfondo de la fiesta judía es retomado y notablemente superado por la palabra y la obra de Jesús: estamos ante la plenitud de la Pascua de Jesús.

En el Pentecostés cristiano, la gracia de la Pascua se convierte en vida para cada uno de nosotros por el poder del Espíritu Santo, mediante una alianza indestructible, porque está sellada en nuestro interior.

1.2 El lugar: “...Estaban reunidos todos en un mismo lugar” (2,1b)

La expresión “*todos juntos*” recalca la unidad de la comunidad y es una característica del discipulado en los Hechos de los Apóstoles. Una frase parecida la encontramos en 1,14.

Así se anuncia quiénes van a recibir el don del Espíritu Santo. Se trata de la comunidad que había sido recompuesta numéricamente cuando se eligió al apóstol Matías (1,26). Una comunidad cuyo número indica el pueblo de la Alianza que aguarda las promesas definitivas de parte de Dios. En ella no se excluyen, puesto que estaban “*todos*”, la Madre de Jesús y un grupo más amplio de seguidores de Jesús.

Este “*todos*” anuncia también la expansión del don a todas las personas que se abren a él, como efectivamente lo irá narrando –a partir de este primer día- el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Pero, ¿cómo recibieron el don del Espíritu y qué hicieron enseguida? Veamos.

2. Dentro del cenáculo: la efusión del Espíritu (Hechos 2,2-4)

“²De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban.

³Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; ⁴quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse”

Sucede la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad. Notemos en la narración lucana:

- (1) Dos signos: el viento y el fuego (2,2-3)
- (2) La realidad: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (2,4a)
- (3) La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)

Detengámonos en lo esencial de este anuncio que no hace san Lucas.

2.1. Dos signos: el viento y el fuego (2,2-3)

Así como cuando el cielo nos hace presentir que algo va a pasar, sea una tempestad u otra cosa, así sucede aquí: primero Dios manda signos que atraen la atención sobre lo que está a punto de suceder; este preludio de su manifestación da paso, luego, a la experiencia de su maravillosa presencia.

En la manifestación de la venida del Espíritu Santo al hombre, encontramos dos signos que despiertan nuestra atención: uno para el oído y otro para los ojos.

(1) Un signo para el oído: el viento (2,2)

Primero hay un viento, que es un signo para el oído, un viento que se hace sentir: ***“De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban”*** (2,2).

El viento en la Biblia, está asociado al Espíritu Santo: se trata del “Ruah” o “soplo vital” de Dios. Ya el profeta Ezequiel había profetizado que como culmen de su obra Dios infundiría en el corazón del hombre ***“un espíritu nuevo”*** (Ez 36,26), también Joel 3,1-2; pues bien, con la muerte y resurrección de Jesús, y con el don del Espíritu los nuevos tiempos han llegado, el Reino de Dios ha sido definitivamente inaugurado.

No sólo Lucas nos lo cuenta, también según Juan, el mismo Jesús, en la noche del día de Pascua, sopló su Espíritu sobre la comunidad reunida (ver el evangelio de hoy: Juan 20,22: ***“Sopló sobre ellos”***; también Juan 3,8).

Pero lo que aquí llama la atención es el ***“ruido”***, elemento que nos reenvía a la poderosa manifestación de Dios en el Sinaí, cuando selló la Alianza con el pueblo y le entregó el don de la Ley (Éxodo 19,18; ver también Hebreos 12,19-20). El ***“ruido”*** se convertirá en ***“voz”*** en el versículo 6. Éste es producido por ***“una ráfaga de viento impetuoso”***, lo cual nos aproxima a un “soplo”.

Observemos que se dice ***“como”***, o sea, que se trata de una comparación; el término en el lenguaje bíblico nos indica lo indescriptible que es la experiencia religiosa.

El hecho que provenga ***“del cielo”***, quiere decir que se trata de una iniciativa de Dios. El cielo no se ha cerrado con el regreso de Jesús a él, todo lo contrario, como dice Pedro más adelante: ***“Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís”*** (Hechos 2,33).

(2) Un signo para la vista: el fuego (2,3)

Enseguida aparece un signo hecho para la vista: ***“Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos”*** (2,3).

Las ***“lenguas como de fuego”***, también de origen divino, son un signo elocuente. Lo mismo que el “viento”, en la Biblia el ***“fuego”*** está asociado a las manifestaciones poderosas de Dios (ver Éxodo 19,18) e indica la presencia del Espíritu de Dios.

No debería tomarnos por sorpresa. En este mismo evangelio, ya san Juan Bautista ya nos había familiarizado con el signo: ***“El os bautizará en Espíritu Santo y fuego”*** (3,16). Por su parte Jesús había dicho: ***“He venido a traer fuego a la tierra y cuánto deseo que arda”*** (13,49).

Así como en el signo visual que el evangelista presentó en la escena del Bautismo de Jesús (“bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma”, Lucas 3,22), lo mismo sucede aquí pero con la imagen del “*fuego*” que se “*posa sobre cada uno de ellos*”. Pero a diferencia de la misteriosa imagen de la paloma, la imagen del fuego es coherente y más fácilmente comprensible dentro de lo que está narrando.

La forma de “lengua” atribuida al fuego sirve para describir la distribución del mismo fuego sobre todos, pero crea un bello juego de palabras con el término “lengua” que asocia las “*lenguas como de fuego*” (v.3) del Espíritu con el “*hablar en otras lenguas*” (v.4) por parte de los apóstoles.

Se cumple la profecía de Juan Bautista sobre el bautismo en Espíritu Santo y fuego (ver Lucas 3,16).

2.2. La realidad: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (2,4a)

Después de los signos iniciales, de referente externo, Lucas nos invita a entrar en la experiencia interna y así captar el significado: ¿Qué es lo que está pasando en el corazón de los discípulos? ¿Cuál es la acción interior del Espíritu Santo?

Después de los signos emerge la realidad, una realidad que se describe con sólo una línea: “*Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo*” (2,4^a).

Este es sin duda, el acontecimiento más importante de la historia de la salvación, junto con la creación, la encarnación, el misterio pascual y la segunda venida de Cristo. ¡Y está descrito solamente en una línea! (dan ganas de ponerse de rodillas).

Decir que los discípulos “*quedaron llenos*” del Espíritu Santo, que el mismo Dios los llenó de Espíritu Santo, es como decir, para explicarnos con un ejemplo, como un gran embalse de agua –de esos que se utilizan para generar energía- que de repente se convirtiera en una inmensa catarata que se vacía a través un dique y entonces toda esa enorme masa de agua, que es la vida trinitaria, se vaciara en los pequeños recipientes de los corazones de cada uno de los apóstoles.

“*Quedaron llenos*”. Después de purificar a los hombres por la cruz de su Hijo, de prepararlos como odres nuevos, Dios los hace partícipes de su misma Vida. El corazón de los discípulos ha sido hecho partícipe, por así decir, como un vaso comunicante, de la vida trinitaria. Por el don de su Espíritu, Dios infunde su amor en cada criatura y la recrea con su luz.

“*Quedaron llenos*”. Los discípulos hicieron la experiencia de ser amados por Dios, una experiencia verdaderamente transformante, puesto que sana a fondo todas las fisuras que permanecen en el corazón por los dolores de la vida, por las carencias, y le da a la vida un nuevo impulso, una nueva proyección.

“Quedaron llenos”. La palabra que repetimos con tanta frecuencia, “el amor de Dios”, que muchas veces es una palabra vacía, aquél día fue para los apóstoles una gran realidad. Les cambió la vida. Les dio un corazón nuevo, el corazón nuevo prometido por Jeremías (31,33) y por Ezequiel (36,26). Y, como veremos enseguida, se nota que desde ese momento, los apóstoles comenzaron a ser otras personas.

2.3. La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)

El “viento” se convierte en “soplo” santo que inunda a todos los que están en el cenáculo y las “lenguas como de fuego” sobre cada uno se convierten en nuevas “lenguas”, en una capacidad nueva de expresión. Aquí se nota el primer cambio en la vida de los discípulos de Jesús.

El Espíritu Santo, el soplo vital de Dios, lleva a hablar otras lenguas: *“Y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse”* (2,4b).

El término “*otras*” (lenguas) es importante aquí para que lo distingamos del hablar incomprensible (la oración en lenguas o “glosolalia”), la cual necesita de un intérprete (de esto habla Pablo en 1ª Corintios 12,10). Lo que sucede aquí parece más próximo a lo que el mismo Pablo dice en 1ª Corintios 14,21, citando a Isaías 28,11-12, y está relacionado con la predicación cristiana a los no convertidos. En otras palabras, lo que el Espíritu Santo pone en boca de los discípulos es el “kerigma” (ver el evangelio del domingo pasado), el cual recoge *“las maravillas de Dios”* (2,11) realizadas a través de Jesús de Nazareth, particularmente su muerte y resurrección.

Pero esta capacidad de comunicarse irá más allá: se convertirá poco a poco en el lenguaje de un amor que se la juega toda por los otros, que ora incesantemente, que perdona y se pone al servicio de todos. No hay que perder de vista que el don del Espíritu es del amor de Dios.

Lo que aquí comienza como “lengua” o “comunicación”, terminará generando el mayor espacio de comunicación profunda que hay: la comunidad cristiana. Su motor es el amor. Es como si el Espíritu continuamente nos dijera al oído: “en todo pon amor”, “lleva siempre amor en tu corazón”, “si corriges, pon amor; si la dejas pasar, pon amor; si callas, pon amor”.

3. Fuera del cenáculo (Hechos 2,5-11)

“⁵Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo.

⁶Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua.

⁷Estupefactos y admirados decían...”

La segunda escena ocurre en la plaza frente al cenáculo. Allí vemos como el corazón nuevo de los apóstoles se expresa concretamente en la vida.

3.1. La gente estaba estupefacta (2,5-6)

Todos quedaron fuertemente admirados. Los efectos de la venida del Espíritu son los mimos que se daban cuando Jesús entraba poderosamente en la vida de las personas; por ejemplo, cuando manifestó sobre el lago su potencia divina, se dice que quienes lo vieron quedaron estupefactos (ver Lucas 8,25). Aquí se dice lo mismo con relación a la manifestación del Espíritu Santo: *“la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. (Estaban) estupefactos y admirados...”*.

3.2. La congregación de todos los pueblos (2,7-11)

Confrontando los humildes galileos con la multitud internacional y pluricultural que se congrega frente al cenáculo, Lucas sigue el relato haciendo la lista de las naciones (ver 2,7-11^a). La enumeración sigue círculos concéntricos.

La lista termina diciendo, *“todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”* (2,11b). Así aparece otro elemento importante del mensaje de Pentecostés.

Teniendo presente el relato la torre de Babel (ver Génesis 11,1-9), Lucas nos muestra una gran transformación operada por la venida del Espíritu Santo.

En Babel se confunden las lenguas: hay caos lingüístico que representa cómo cuando cada persona se apega a su propio proyecto y no es capaz de abrirse al de los demás, nunca es posible construir un proyecto comunitario. Babel, entonces, es caos ideológico, reflejo del caos psicológico puede darse dentro de uno: conflicto de proyectos y de deseos contradictorios que emergen continuamente.

Babel se repite todos los días: se comienza hablando una misma lengua, se diseñan proyectos comunes, pero de repente aparecen los intereses personales que mandan todas las alianzas al piso, que rompen en definitiva las relaciones.

Pero en Pentecostés todos son capaces de comprenderse: todos hablan diversas lenguas (y por eso esa larga lista de pueblos), pero llega un momento en que todos se entiende, como si estuvieran hablando una misma lengua. Esta lengua es la del amor, cuya máxima expresión es el amor de Dios: *“las maravillas de Dios”*.

3.3. La honra al nombre de Dios (2,11b)

Retomemos la frase final: *“Todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”* (2,11b).

Recordemos que en Babel la torre allí mencionada en realidad era un templo en forma de pirámide sacra, por lo tanto se trataba de una experiencia religiosa. ¿A qué se alude? Se alude a un problema que puede surgir de una experiencia religiosa mal llevada. El mismo texto lo dice: *“Hagámonos un nombre para que no nos dispersemos sobre la faz de la tierra”* (Génesis 11,4; la Biblia de Jerusalén traduce: *“hagámonos famosos”*). Aquí el pecado no está en el hecho de honrar a la divinidad con un templo sino querer *“hacerse un nombre”*, es decir, el querer ser adorados ellos mismo y no Dios. Esto sucede a veces, es lo podemos llamar la “instrumentalización” de Dios. Se dice que se trabaja por Dios pero en el fondo podría estarse buscando otra cosa: *“hacerse un nombre”*.

En Pentecostés es distinto: los apóstoles no trabajan para sí mismos, no quieren hacerse un nombre, sino darle honra al nombre de Dios, esto es, proclamar las grandes maravillas de Dios: *“Todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”* (v.11).

Cuando en el mundo de las relaciones cada uno trata de hacerse un nombre, se crean polos, tantos polos cuantas sean las personas que están centradas en sí mismas. Babel es la guerra de los egoísmos, en cambio Pentecostés es la formación de la comunidad en la comunión de diversidades cuyo centro es Dios.

Los mismos discípulos que antes de la Cruz de Jesús discutían quién era el mayor, viven ahora una conversión radical que es como la revolución copernicana: se han descentrado de sí mismos –están llenos de amor- y se han centrado en Dios.

Todo está orientado hacia la gloria de Dios, hacia la alabanza de Dios y es en Él en quien convergemos todos, poniendo nuestros mejores esfuerzos en ayudar a construir su proyecto creador en el mundo.

Esta es la conversión que nos aguarda a todos. Lo que sucedió el día de Pentecostés fue apenas la inauguración; el evento nos sigue envolviendo a todos los que lo aguardamos con el corazón ardiendo por la escucha de la Palabra de Dios y la oración.

Así, en cada uno de sus miembros, la Iglesia adquiere todos los días un rostro nuevo, reflejo del amor de Dios.

Entremos en este camino, haciendo nuestra esta bella oración:

*“Ven, oh Espíritu Santo,
y danos un corazón grande, abierto a tu silenciosa y potente palabra
inspiradora;
(un corazón) hermético ante cualquier ambición mezquina;
un corazón grande para amar a todos, para servir a todos, para sufrir con
todos;*

*un corazón grande, fuerte para resistir en cualquier tentación, cualquier prueba, cualquier desilusión, cualquier ofensa;
un corazón feliz de poder palpar al ritmo del corazón de Cristo y cumplir humildemente, fielmente, virilmente, la divina voluntad”*

(Pablo VI, el 17 de mayo de 1970).

Lo que viene es grande, porque Pentecostés es fiesta de la esperanza: la esperanza de que la humanidad entera –comenzando por quien tenemos cerca- pueda ser invadida por el Espíritu Santo en la alegría del don de sí mismo, así como el Cristo pascual.

4. Releamos el pasaje bíblico con los Padres de la Iglesia

Proponemos hoy tres textos en el siguiente orden: (1) San Basilio Magno nos invita a contemplar la acción del Espíritu Santo en Jesús y en la Iglesia; (2) San Agustín hace un paralelo entre la primera y la segunda Alianza sellada en el Sinaí (sentido de la celebración de Pentecostés hebreo); y luego (3) recalca en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles el cumplimiento de la promesa.

4.1. San Basilio Magno: La soberanía del Espíritu Santo

“Toda la actividad de Cristo se realizó en la presencia del Espíritu. Él estaba allí, aún cuando fue tentado por el diablo, pues está escrito: ‘Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado’ (Mateo 4,1). Y continuaba con Él, inseparablemente, cuando Jesús realizaba sus milagros, porque, -son sus palabras- ‘Yo expulso los demonios por la virtud del Espíritu de Dios...’ (Mateo 12,28).

Él no lo abandonó después de su resurrección de los muertos: cuando el Señor, para renovar al hombre y restituirlo –una vez que la perdiera- la gracia recibida por el soplo de Dios, cuando el Señor sopló sobre el rostro de los discípulos, ¿qué fue lo que les dijo? ‘Recibid el Espíritu Santo; los pecados serán perdonados a quienes se los perdonen y quedarán retenidos a quienes se los retengan’ (Juan 20,22-23).

¿Y la organización de la Iglesia? No es evidentemente y sin contestación, obra del Espíritu Santo? En efecto, según san Pablo, es Él quien le dio a la Iglesia ‘en primer lugar los apóstoles, en segundo los profetas, en tercero los doctores; después el don de milagros, después los carismas de curación, de asistencia, de gobierno, de lenguas distintas’ (1 Corintios 12,28). El Espíritu distribuye esta orden según la repartición de sus dones”.

(“De Spiritu Sancto”, 16, 39)

4.2. San Agustín: Del Sinaí al Cenáculo

“El pueblo hebreo celebraba la Pascua con la inmolación del cordero y con los ázimos (...); y cincuenta días después de esta celebración, le fue dada sobre el Monte Sinaí la Ley escrita con el dedo de Dios.

Vino la verdadera Pascua y es inmolado Cristo, que opera el paso de la muerte a la vida (...). Y cincuenta días después viene el Espíritu Santo, el Dedo de Dios.

(...) Antes el pueblo estaba a distancia, había terror, no amor. (...) Dios descendió en el fuego sobre el Sinaí, como está escrito, inspirando terror al pueblo que estaba a distancia, y escribiendo con su dedo sobre la piedra, no en el corazón.

Aquí, por el contrario, cuando viene el Espíritu Santo, los fieles estaban reunidos en conjunto. No los asustó como en el Monte, sino que entró en la casa. De repente se escuchó desde el cielo un ruido como si se levantara un viento impetuoso; hubo estruendo, pero ninguno se asustó. Oíste que hubo un estruendo, nota que también hubo fuego. Porque sobre el monte había lo uno y lo otro, el fuego y el estruendo.

... Reconoce también al Espíritu que escribe no sobre la piedra sino en el corazón. De hecho ‘la Ley del Espíritu que da vida’ está escrita en el corazón, no sobre la piedra; “en Cristo Jesús”, en quien fue celebrada la verdadera Pascua, ‘te liberó de la ley del pecado y de la muerte’ (Romanos 8,2)”.

(Sermón 155, 5-6)

4.3. San Agustín: Odres nuevos en la espera del vino nuevo

“La solemnidad de hoy nos trae a la memoria la grandeza del Señor Dios y de su gracia, que derramó sobre nosotros. Para eso es que se celebra la solemnidad: para que no se borre del recuerdo lo que ocurrió de una vez por todas (...)

Hoy celebramos la venida del Espíritu Santo. De hecho, el Señor envió desde el cielo al Espíritu Santo prometido ya en la tierra. Así era que había prometido enviarlo desde el cielo: ‘Él no puede venir mientras yo no me haya ido; pero cuando me haya ido, lo enviaré’.

Para eso padeció, murió, resucitó y subió al cielo; sólo le falta cumplir la promesa. Era lo que esperaban sus discípulos, ciento veinte personas, según lo que está escrito; es decir, diez veces el número de los apóstoles. Efectivamente, escogió a doce y envió el Espíritu sobre ciento veinte.

Esperando la promesa, ellos estaban reunidos orando en una casa, pues deseaban ya con la misma fe lo mismo que con la oración y el ansia espiritual. Eran odres nuevos a la espera del vino nuevo que llegó del cielo. El gran racimo ya había sido pisado y glorificado”.

(Sermón 267, 1)

5. Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

En una reunión ecuménica en Upsala, el patriarca metropolitano oriental dijo estas palabras: *“Sin el Espíritu Santo Dios es lejano. El Evangelio es letra muerta. La autoridad de la Iglesia es una dominación. La liturgia es pura evocación. El actuar de los cristianos es una moral de esclavos. Pero cuando el Espíritu Dios está presente, el Evangelio es Espíritu y Vida, la autoridad de la Iglesia es servicio, la liturgia es conmemoración y anticipación de lo esperado, y el actuar cristiano es deificado”*.

- 5.1. ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Qué obra de particular en nosotros el Espíritu Santo?
- 5.2. ¿De dónde viene la palabra “Pentecostés”? ¿Qué era para el pueblo de Israel?
- 5.3. ¿Qué me dicen los signos del “viento” y del “fuego”?
- 5.4. ¿Me siento “lleno” del Espíritu Santo? ¿Cómo se sabe que una persona está “llena” de Espíritu Santo? ¿Qué sucede dentro de ella y cómo se nota fuera?
- 5.5. ¿Qué conversión me lleva a vivir el bautismo en el Espíritu Santo? ¿Qué voy a hacer en el Pentecostés de este año para avanzar más en este camino por el cual me conduce el Espíritu Santo de Dios?
- 5.6. ¿Qué efectos tiene Pentecostés tanto a nivel comunitario (del grupo, la pequeña comunidad, la parroquia) como a nivel de la sociedad?
- 5.7. ¿Por qué decimos que la Iglesia nació en Pentecostés? ¿Qué caracteriza profundamente la vida de la Iglesia?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Pentecostés con los místicos...

¿Quién eres Tú, Espíritu Santo?



*¿Quién eres tú, dulce luz, que me llena
e ilumina la oscuridad de mi corazón?*

*Me conduces como una mano maternal
y si te consintieras irte de mí
no sabría como dar un paso más.*

Tú eres el espacio

*que abraza mi existencia y la sepulta en Ti
lejos de Ti se hunde en el abismo
de la nada, desde donde la elevaste a la luz.*

*Tú, más cerca de mí que yo a mí mismo
y más íntimo que mi más profundo interior
todavía implacable e intangible
y más allá de todo nombre:*

¡Espíritu Santo amor eterno!

***¿No eres acaso el dulce maná
que del corazón del Hijo
se desborda hacia mi corazón,
el alimento de los ángeles y los santos?***

*Él, que se elevó a sí mismo de la muerte a la vida,
Él también me ha despertado a una nueva vida
del sueño de muerte.*

*Y me da una nueva vida día a día
y a veces, su plenitud fluye a través mío
vida de tu vida realmente, Tú mismo:*

¡Espíritu Santo, vida eterna!

***¿Eres tú el rayo
que destella desde el trono del Juez eterno
e irrumpe en la noche del alma
que nunca se ha conocido a sí misma?***

*Misericordiosamente, implacable
penetra en todo rebaño escondido
alarmado de verse a sí mismo,
el yo hace espacio para el santo miedo,
el principio de esa sabiduría
que viene de lo alto
y nos ancla firmemente en las alturas.*

*Tú, acción,
que nos crea nuevos:*

¡Espíritu Santo, rayo que penetra todas las cosas!

***¿Eres tú la plenitud del Espíritu
y el poder por el que el Cordero abrió
los sellos del eterno mandato de Dios?***

Conducidos por Ti

los mensajeros del juicio recorren el mundo
y separan con una filuda espada
el reino de la luz del reino de la noche
el cielo se renueva y la tierra se renueva
y todo encuentra su lugar.

A través de su aliento:

¡Espíritu Santo, poder victorioso!

**¿Eres Tú el maestro que construye la catedral eterna,
que se eleva desde la tierra hasta los cielos?**

Animados por Ti, las columnas son erigidas hasta lo alto
y se paran inmóvilmente firmes.

Marcados con el nombre eterno de Dios,
se estiran hacia la luz

sosteniendo el domo

que corona la santa catedral

tu trabajo que circunda el mundo:

¡Espíritu Santo, mano de Dios que moldea!

**¿Eres Tú aquel que creó el claro espejo
junto al trono del Todopoderoso
como un mar de cristal
en el que la divinidad amorosamente se completa a sí misma?**

Tú te doblas ante el más recto trabajo de tu creación,

y radiantemente tu mirada penetrante

es iluminada en recompensa

y de todas las criaturas, la belleza pura

se junta en una en la amorosa forma

de la Virgen, tu novia inmaculada:

¡Espíritu Santo, Creador de todo!

**¿Eres tú la dulce melodía del amor
y de Santa reverencia
que eternamente resuena alrededor del trono trino,
que une a sí misma en el campaneó de todos y cada uno de los seres?**

La armonía

que junta a los miembros con la cabeza

en el que cada uno

encuentra el misterioso significado de su bendita existencia

y alegremente ondea hacia delante

libremente disuelto en tu ondear:

¡Espíritu Santo, júbilo eterno!

Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein)
(De una novena escrita para Pentecostés)

Anexo 1

Pistas para las otras lecturas del Domingo

Salmo responsorial: Salmo 104 (103 en la versión litúrgica), 1ab.24ac.29bc.30.31.34 (Respuesta: v.30)

Este Salmo es un canto de alabanza dirigido a Dios creador. La liturgia retiene algunos versículos que se refieren al soplo de Dios.

Después del invitatorio, en el que el Salmista se dirige a sí mismo, aparece el tema central de la alabanza: “*¡Señor, Dios mío, qué grande eres!*” (v.1b).

La grandeza de Dios se manifiesta en la magnificencia de su creación. Entre los bienes más preciosos de la creación figura el “soplo vital”. Dado a los animales, este soplo confiere la vida. Cuando Dios lo quita, llega la muerte. En el capítulo 37 de la profecía de Ezequiel, el soplo de Dios es dado a los huesos descalcificados esparcidos en un valle, éstos reciben de nuevo carne y vida. Esta imagen poética designa la restauración del pueblo.

El v.30, en su versión latina (de la “Vulgata”) se hizo como texto de la acción del Espíritu Santo en el alma de los fieles y en el mundo entero redimido: “Envía tu Espíritu y será creado y renovarás la faz de la tierra” (“Emitte Spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae”).

En Pentecostés, el soplo divino es dado a la Iglesia naciente. Una nueva creación comienza.

Segunda Lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Este texto es importante para comprender la teología paulina del Espíritu Santo:

- (1) El Espíritu Santo es el alma de la profesión de fe en Cristo Señor.
- (2) El Espíritu Santo es la fuente de todos los carismas y, por la convergencia de los mismos (“*para el bien común*”), es el principio de la unidad de la Iglesia.
- (3) El Espíritu Santo está vinculado a los sacramentos, particularmente al Bautismo y a la Eucaristía.
- (4) El Espíritu no se comprende sin la Trinidad. En los vv.4-7 se insinúa una visión trinitaria de misterio cristiano. Nótese la unidad entre el Espíritu (v.4: “*el Espíritu es el mismo*”), el Señor (=Jesús; v.5: “*el Señor es el mismo*”) y Dios (=Padre; v.6: “*el mismo Dios que obra todo en todos*”).

En el trasfondo de este pasaje hay una problemática pastoral que no hay que dejar pasar desapercibida: en la comunidad de Corinto, aquellos que se beneficiaban de algunos carismas y manifestaciones espirituales se creían superiores a los otros. Pablo reacciona

insistiendo en el hecho de que los carismas son “dones” (ver que aparece siete veces esta palabra a lo largo del pasaje).

La respuesta va en esta dirección:

(1) Dichos “dones” tienen un mismo origen: el mismo Espíritu, el mismo Señor, el mismo Dios, quien hace la unidad en la diversidad.

(2) Los “dones” son ofrecidos por Dios a cada persona en función “*del bien de todos*”, es decir, al servicio de la edificación de la comunidad y de la misión.

El Espíritu Santo no sólo hace nacer sino también crecer a la Iglesia, “Cuerpo de Cristo”. La comparación con el “Cuerpo” destaca la diversidad, la solidaridad y la unidad de la Iglesia.

Evangelio: Juan 20,9-23

La escena ocurre en al atardecer del día de Pascua. Por la mañana, Pedro y el discípulo amado habían constatado que la tumba estaba vacía. Luego María Magdalena había sido la primera testigo del Resucitado. Entonces ella vino donde los discípulos para decir que “había visto al Señor y que había dicho estas palabras” (20,18). Pero este anuncio de la resurrección de Jesús no parece haber sacudido a los apóstoles. Por miedo a los judíos, siguen encerrados en un cuarto con las puertas cerradas.

El Resucitado se manifiesta a sus apóstoles. Se coloca en medio de ellos y les hace el don inestimable de la paz. La paz es lo opuesto al miedo. Significa armonía de relaciones con los hombres y con Dios. El resultado de la palabra es inmediato: los discípulos se llenan de alegría. El miedo ha desaparecido. Jesús renueva su don de la paz y enseguida lo extiende para el mundo entero por medio de la misión de los apóstoles. Toda la humanidad está llamada a entrar en la paz de Dios reconciliándose con Él.

Llama la atención en relato juánico de Pentecostés la referencia a este “soplo” de Jesús en el rostro de sus discípulos: “*Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo...*” (20,22). Tenemos una alusión al “soplo vital de Dios” (en hebreo: “Ruah”) que actuó en la creación del mundo y del hombre (ver Génesis 2,7; Ezequiel 37,9; Sabiduría 15,11): el Espíritu comunicado por el Resucitado a los discípulos es el principio de una nueva creación y de un nuevo pueblo. Y no se puede hablar de “nueva creación” sin este don del perdón de los pecados.

La comunidad apostólica queda encargada de esta misión de “perdonar”. Equipada con una fuerza que viene de lo alto, infundida en ella por el soplo de Jesús, y en una obediencia perfecta (como la del Jesús al Padre), la Iglesia debe ir al mundo entero para ofrecer la reconciliación con Dios. Las palabras del Salmista se cumplen: “Dios renueva la faz de la tierra”.

Anexo 2

Agunas sugerencias para los animadores de la liturgia dominical

I

La fiesta de la Pascua no acaba hoy: llega a su culmen. Lo que sucedió en el Señor resucitado, se realiza ahora en los creyentes por el don del Espíritu Santo. La palabra “Pentecostés” alude al número cincuenta: guante cincuenta días, desde la noche pascual, celebramos la alegría del Señor resucitado en medio de nosotros.

II

Todo el tono festivo de la Pascua debe ser evidenciado por los elementos que le son característicos. Sólo terminado el domingo es que el cirio pascual dejará el presbiterio para ser colocado en el baptisterio. En la medida de lo posible, cántese el prefacio propio. Después de la segunda lectura y antes de la aclamación del Evangelio, cántese la “secuencia” (si no se canta, que sea leída solemnemente; verla debajo de este texto). El canto y los instrumentos, las luces y las flores (privilegiar las rosas y el color rojo), la ornamentación de la Iglesia, el incienso, todo debería darle a la celebración su verdad de apoteosis pascual. Y, en la despedida, con el “Pueden ir en paz...”, que no falte el Aleluya.

III

En la noche del sábado, las comunidades son invitadas a celebrar la Vigilia de Pentecostés. Imitarán así a la comunidad de Jerusalén, la cual estuvo recogida en oración en torno a los apóstoles y de la santísima Virgen María, esperando el Espíritu Santo prometido. El Misal explica cómo celebrar esa Vigilia y nos da algunos textos. Para realzar la dinámica orante, se sugiere la integración de la oración de Vísperas para abrir la celebración. Pueden utilizarse todas las lecturas propuestas en el Leccionario (4 del Antiguo y 2 del Nuevo Testamento). Enseguida se canta un Salmo responsorial apropiado y, como en la Vigilia pascual, se hace una oración (ver indicaciones en el Misal).

IV

Para los lectores.

Primera lectura. La lectura está llena de movimiento y tiene expresiones muy fuertes que requieren una buena dicción. Atención a las interrogaciones. Intente hacer esas preguntas a alguien en casa (con frecuencia cambiamos nuestra actitud interior y nuestra expresión cuando pasamos del lenguaje oral a la simple lectura de un texto: eso es lo que hay que evitar). Si siente dificultad para la pronunciación de los nombres de los pueblos (“partos... medos... elamitas... Panfilia...”), pregúntele a alguien.

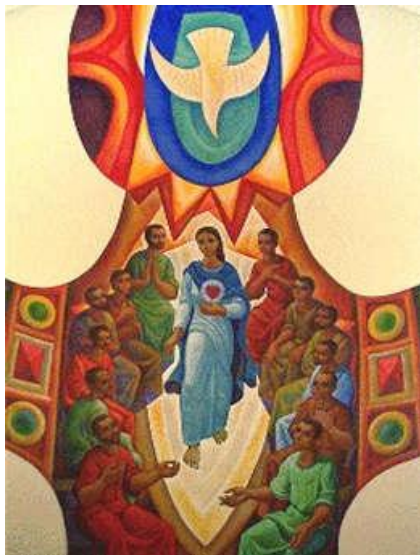
Segunda lectura. Podemos pensar la segunda lectura en tres secciones: (1) “*Nadie puede... sino es bajo la acción del Espíritu Santo*” (v.3b); (2) “*Hay diversidad de carismas... para provecho común*” (vv.4-7); (3) “*Pues del mismo modo que el cuerpo... Todos hemos bebido de un solo Espíritu*” (vv.12-13).

La segunda sección reviste una forma doxológica, por eso las tres fases son interdependientes (eso se debe hacer notar en la lectura). La última sección tiene una palabra de valor que es el polo de las frases: “cuerpo”.

(V. P.)

Anexo 3
Una invitación a la oración

Secuencia de Pentecostés



*Ven, Dios Espíritu Santo,
 y envíanos desde el cielo
 tu luz, para iluminarnos.*

*Ven ya, padre de los pobres,
 luz que penetra en las almas,
 dador de todos los dones.*

*Fuente de todo consuelo,
 amable huésped del alma,
 paz en las horas de duelo.*

*Eres pausa en el trabajo;
 brisa, en un clima de fuego;
 consuelo, en medio del llanto.*

*Ven, luz santificadora,
 y entra hasta el fondo del alma
 de todos los que te adoran.*

*Sin tu inspiración divina
 los hombres nada podemos
 y el pecado nos domina.*

*Lava nuestras inmundicias,
 fecunda nuestros desiertos
 y cura nuestras heridas.*

*Doblega nuestra soberbia,
calienta nuestra frialdad,
endereza nuestras sendas.*

*Concede a aquellos que ponen
en ti su fe y su confianza
tus siete sagrados dones.*

*Danos virtudes y méritos,
danos una buena muerte
y contigo el gozo eterno.
Amén.*

(De la Liturgia de la Iglesia)